LA HERENCIA FILOLOGICA DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN EL COLEGIO DE MEXICO

POR

BEATRIZ GARZA CUARON
El Colegio de México

Pedro Henríquez Ureña es, en todos los sentidos que pueda tener la palabra *filología*, un gran filólogo. Esto abarca tanto el sentido etimológico de *filología* como «amor a la palabra» (y *palabra* entendida en un sentido amplio como «expresión del espíritu») cuanto los sentidos más modernos del término.

Los trabajos filológicos que Pedro Henríquez Ureña hizo durante sus dos estancias en México (de 1906 a 1914 y de 1921 a 1924), y aquellos que realizó posteriormente, constituyen un paradigma y rebasan —en mucho, como toda su obra— los sentidos modernos del término *filología*. Siguiendo la primera acepción de un diccionario usual muy conocido (el de Julio Casares), la obra de Henríquez Ureña es un modelo del «estudio científico de una lengua, de la literatura y de las demás manifestaciones que sirven de vehículo a la expresión de una cultura». Tomando la segunda acepción de *filología* como «estudio científico de la parte gramatical y lexicográfica de una lengua», la obra de Pedro Henríquez Ureña la supera y la rebasa. Sus estudios abarcan todos los niveles o aspectos de la lengua. En ellos encontramos análisis fonéticos, morfológicos, léxicos —ejemplares—, que son pioneros en el estudio serio del español de América en general y de México en particular.

Sin lugar a dudas, es a Pedro Henríquez Ureña a quien México le debe más en relación con el conocimiento de su realidad lingüística. En 1921, Pedro Henríquez Ureña formuló, por primera vez en la historia de los estudios sobre el español de México, una división global del país en zonas dialectales, en sus «Observaciones sobre el español de América», que publicó en la *Revista de Filología Española*¹ y que fue el pri-

¹ Publicado en el núm. 8, pp. 357-390.

mero de una serie de estudios dialectales sobre el español americano. Esta división dialectal de México ha sido el punto de partida para muchos de los estudios que se han emprendido desde entonces, y en muchos aspectos aún sigue siendo válida o aclaratoria². Posteriormente, en 1938, cuando Henríquez Ureña residía ya en la Argentina y trabajaba activamente en el Instituto de Filología de Buenos Aires, que dirigía Amado Alonso, publicó en la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* otra obra fundamental para el conocimiento del español de México: *El español de México, los Estados Unidos y la América Central*. En ella reunió y editó varios estudios pioneros, desde el de F. Semeleder, «El español de los mejicanos», escrito en 1890; el de Ch. C. Marden, «La fonología del español en la ciudad de Méjico», de 1896; el de E. C. Hills, «El español de Nuevo Méjico», de 1906; dos artículos sobre provincialismos de M. G. Revilla, de 1910, hasta varios trabajos del propio Henríquez Ureña. Entre ellos, cabe destacar sus «Datos sobre el habla popular de Méjico», con abundante información fonética y gramatical sobre el habla de las diversas regiones del país; sus «Mutaciones articulatorias en el habla popular», donde explica las variaciones de carácter sociocultural en el léxico y en la pronunciación, y una amplia y valiosa bibliografía sobre los hechos lingüísticos de estas zonas.

Además de ser ejemplar, la obra de Pedro Henríquez Ureña tiene un carácter universal. Es bien sabido que su intención —lograda— fue trabajar para que se consolidaran no culturas aisladas o nacionales, sino una cultura continental, que llamó cultura de la América hispánica (de la que no excluye a Brasil). Visto de esta manera, su legado hacia México es mayor, puesto que dio luz sobre el conocimiento de nuestra realidad local, lingüística o literaria, y al mismo tiempo la interpretó y la incorporó al contexto hispánico más amplio, al que pertenece y en el que cobra mayor sentido. Sus estudios, a diferencia de los de otros filólogos, no sólo llevan a un entendimiento claro y a una comprensión amplia de los fenómenos lingüísticos y literarios, sino que introdujeron a sus contemporáneos —y nos introducen a nosotros hoy— en una especie de revolución cultural que estimula la productividad y la creación.

Con objeto de lograr una mayor cohesión cultural en Hispanoamérica y de propiciar una expresión sólida, original y novedosa, Pedro Henríquez Ureña tuvo que ser al mismo tiempo que filólogo, filósofo, historiador, literato, político y educador. Así lo demostró en su paso por Mé-

² Véase, por ejemplo, de José Moreno de Alba, «Henríquez Ureña y el español de América», en *Los universitarios*, núm. 16 (Universidad Nacional Autónoma de México, agosto 1984), pp. 28-29. Cfr. también de Juan C. Zamora y Jorge M. Guitart *Dialectología hispanoamericana* (Salamanca: Ediciones Almar, 1982).

xico, donde colaboró con los hombres de letras y con los hombres políticos más destacados. Por ejemplo, su trabajo, de miras muy amplias, construido sobre una investigación siempre sólida y rigurosa, quedó plasmado de manera admirable, junto con el de Justo Sierra, Luis G. Urbina y Nicolás Rangel, en una de las obras más originales, bien documentadas y completas de la historia literaria mexicana, la *Antología del Centenario* (1910)³, de la que sólo alcanzó a publicarse un tomo antes de la revolución maderista. Después de la revolución, y no sólo durante su segunda estancia en México (de 1921 a 1924), sino hasta el momento de su muerte, siguió colaborando con los intelectuales mexicanos, para continuar construyendo, a través de los desarrollos nacionales, una cultura hispanoamericana. Siguiendo a Bolívar, Pedro Henríquez Ureña repetía: «Nosotros somos un pequeño género humano», y al emplear la primera persona del plural —*nosotros*—, pensaba, como Bolívar, en toda la América hispánica. Para ella buscaba, a través de la cultura y el arte, un futuro más sólido: «Si las artes y las letras no se apagan —decía— tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas»⁴.

Veamos cómo Pedro Henríquez Ureña, aun establecido ya muy lejos de México, en la Argentina, contribuyó a que pudiera «trocar en arca de tesoros», una «modesta caja» que Alfonso Reyes cultivaba y tenía dispuesta para él, como «escasa joya»: un centro de estudios filológicos en el recién fundado Colegio de México.

Tocaré a la vez la relación interna que Pedro Henríquez Ureña guarda con El Colegio de México⁵, relación que todavía está viva y produce frutos, y la otra relación, que podríamos llamar externa, que terminó con su muerte, el 11 de mayo de 1946. Por relación externa entenderé el intercambio de experiencias que con Pedro Henríquez Ureña mantuvieron sobre todo Alfonso Reyes, fundador y primer presidente de El Colegio de México, y también, aunque en menor grado, Daniel Cosío Villegas, secretario general, a lo largo de esos escasos seis años que cuento a partir de la fundación formal de El Colegio de México, en 1940. Durante ese

³ *Antología del Centenario* (Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia), tomo I, edición de Justo Sierra, Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel (México: Imprenta de Manuel León Sánchez, 1910).

⁴ *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, en *Obra crítica*, edición de Emma Susana Speratti Piñero (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), p. 253.

⁵ Léí una visión preliminar de esta «relación» en el Congreso de la Asociación de Lingüistas y Filólogos de América Latina, que se realizó en Santo Domingo en septiembre de 1984, en homenaje a Pedro Henríquez Ureña.

período, Pedro Henríquez Ureña vivió en la Argentina y repartió sus actividades entre el Instituto de Filología de Buenos Aires, sus colaboraciones para la *Revista de Filología Hispánica*, para la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, sus trabajos para la Editorial Losada, sus cursos en la Universidad de La Plata, la creación de la *Biblioteca Americana*, que diseñó para el Fondo de Cultura Económica en México, la elaboración de su *Historia de la cultura en la América hispánica* (que publicó el Fondo de Cultura de México, en 1967), entre otros. En 1940 Pedro Henríquez Ureña viajó a Cambridge, Massachusetts, para dictar sus (ahora consagradas por valiosas) ocho conferencias en la cátedra Charles Eliot Norton de la Universidad de Harvard (traducidas después al español por Joaquín Díez-Canedo como *Las corrientes literarias en la América hispánica*). Esta prestigiosa cátedra la habían ocupado, entre otros, T. S. Eliot y, el año anterior, Igor Stravinski.

Los datos para lo que he llamado relación externa entre El Colegio de México y Pedro Henríquez Ureña los he tomado de la correspondencia entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, publicada en Santo Domingo⁶, y de algunas cartas y documentos inéditos, cuya copia guarda El Colegio de México.

A esta relación le damos comienzo en 1938, poco antes de que se fundara la Casa de España en México, cuyo objetivo fue acoger a los intelectuales españoles perseguidos a consecuencia de la guerra civil. El 24 de febrero de 1938, Alfonso Reyes escribe a Pedro Henríquez Ureña imaginando ya la institución que llegaría a fundarse pronto: «Aunque todavía no tengo nada definido, las cosas se van orientando, gracias a la excelente voluntad que he encontrado, en el sentido de crear una Fundación de Cultura con fondos oficiales y donativos extranjeros. Si lo logro, podremos hacer muchas cosas. Te ruego que digas a Amado Alonso que, aunque encontré en la Universidad la mejor disposición para traer a [Angel] Rosenblat, no creo que ofrezca por ahora las seguridades necesarias. No quiero embarcar a nuestro amigo en un mal barco. Agradeceré que me manden su dirección para comunicarme con él, pues si como me figuro logro mis proyectos, seré yo mismo quien lo traiga» (*Epistolario*, p. 441).

⁶ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, tomo III (en adelante, *Epistolario*), recopilado por Juan Jacobo de Lara (Santo Domingo, 1983). Una edición crítica completa fue preparada para Fondo de Cultura Económica, de México, por José Luis Martínez, a quien consulté algunas dudas sobre la presente investigación. Para el período 1907-1914 de la correspondencia entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña acaba de salir el tomo I (1966) de la edición de José Luis Martínez en Fondo de Cultura Económica, de México.

Casi simultáneamente, en mayo de 1938, le comenta Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña lo bien que marchaba ya otra institución que, aunque nació antes, de alguna manera fue hermana gemela de El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica: «Bajo Daniel Cosío —dice Alfonso Reyes—, el Fondo de Cultura Económica está desarrollando un trabajo editorial cada vez más firme. También aquí intervengo. Cualquiera de estos días también a ti te pedirán alguna cosa. Podrías, desde luego, sugerir algunas buenas obras extranjeras de historia, política o sociología, aunque no sean precisamente de economía, con tal de que tengan temas de actualidad: no libros viejos, sino nuevas interpretaciones» (*Epistolario*, p. 444).

En febrero de 1939, Alfonso Reyes ya le da noticia a Pedro Henríquez de la fundación de la Casa de España en México, botón de muestra de la actitud digna de algunos países hispanoamericanos, como el nuestro, al proteger, acoger y cuidar celosamente esa tradición de grandes valores intelectuales y éticos contra la barbarie que tanto habían temido nuestros grandes hombres, desde Bolívar y Sarmiento hasta Martí y Pedro Henríquez Ureña. «En México —vuelve a escribir Alfonso Reyes— están [Enrique] Díez-Canedo, [José] Gaos, Juan de la Encina, Agustín Millares y otros amigos españoles. Se ha fundado la Casa de España, que está administrando Daniel Cosío. Se trata de organizar conferencias, cursos y publicaciones, pero, como de costumbre, hay poco dinero. La atención general del país está ya acaparada por el problema de las futuras elecciones presidenciales de septiembre de 1940 [era la transición de Lázaro Cárdenas a Manuel Avila Camacho]» (*Epistolario*, p. 460).

Hay que destacar que la actitud firme y valiente de Alfonso Reyes por luchar para establecer en nuestra América hispánica una institución sólida, seria, estable y productiva fue determinante para la creación del futuro Colegio de México. El 22 de marzo de 1939, Reyes le confirma a Pedro Henríquez Ureña:

La Universidad de Texas me ofreció una cátedra bien remunerada y la dirección de un Instituto Latino-Americano que se va a crear con el mucho dinero que les sobra, con nombramiento para toda la vida, jubilación y todo. A pesar de que aquí se anuncian sobresaltos político-electorales, no quise aceptar. No quiero desterrarme, volverme pocho, y ser un instrumento más de absorción de los elementos latino-americanos por aquella gente. No quise volver la espalda a mi destino de mexicano y a mi nombre. Una cosa es andar en el servicio exterior de México (del que por ahora me retiro) y otra sería aceptar una desvinculación por cuenta ajena. He preferido quedarme aquí, quemarme aquí, recrystalizar aquí, y el Presidente [de la República] me ha ofre-

cido una situación modesta pero hermosa: la Presidencia del Patronato de la Casa de España, a la que voy a procurar dar verdadera vida, conservándole su carácter de centro universitario científico y derivando hacia Educación Pública a los maestros secundarios y personas de menor categoría que hay que asilar, pero que la desvirtuarían. ¿Apruebas lo que he hecho? Aquí es puesto de combate y lucha, pero no me absorberá mucho tiempo. La mochería nacional está envalentonada con el funesto ejemplo de la nauseabunda Europa [era plena Segunda Guerra Mundial]. No importa. Quiero vivir mi lucha (*Epistolario*, páginas 461-462).

Repito, era la Segunda Guerra Mundial, y el nazismo y el fascismo preocupaban hondamente a los dos corresponsales. Alfonso Reyes, el 2 de diciembre de 1939, le preguntaba a Pedro Henríquez Ureña de sus temores sobre editoriales argentinas que pueden estar apoyadas por intereses fascistas o franquistas. Pedro Henríquez Ureña contesta el 21 de diciembre de 1939: «A propósito de fascismo: no es inexacto decir que la Editorial Sudamericana estuvo dominada algún tiempo por los intereses o por lo menos los temores fascistas (fascismo, género; franquismo, especie). Los hechos son muchos, y muy sabidos aquí. Todavía hoy, aunque ha aflojado la presión franquista, y aunque la guerra de Europa obliga a nuevas actitudes, no publican nada que les parezca avanzado» (*Epistolario*, pp. 467-468). Y Alfonso Reyes se duele de lo que sucede en Europa y le preocupan los vaivenes de la política mexicana: «Aquí estamos ahora viendo de salvar nuestra Institución a través del puente de las elecciones. No hablemos de Europa, que duele hasta la muerte» (25 de junio de 1940, *Epistolario*, p. 465).

No sólo a través del intercambio epistolar estaba Pedro Henríquez Ureña en contacto con El Colegio de México, sino que tanto Alfonso Reyes como Daniel Cosío, lo tuvieron presente desde un principio para que construyera y colaborara con ellos en algo de lo que es el actual Colegio. Cuando en 1940 Pedro Henríquez Ureña fue a Harvard a ocupar la cátedra antes mencionada, Alfonso Reyes le escribe:

Una carta de tu familia nos ha hecho saber que vendrás a Harvard por septiembre. El Patronato de la Casa, que prácticamente se reduce a Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor y yo, alimenta la esperanza de que tus obligaciones universitarias en el Norte te permitan venir hasta México. Te ofrecemos desde luego el viaje redondo entre los Estados Unidos de América y México y los gastos de tu permanencia entre nosotros. Te pediríamos, en cambio, que hicieras aquí lo que te diera la gana. Ya tú verías lo que te conviene, de acuerdo con el ambiente. Esperamos ansiosamente tus letras al respecto (21 de agosto de 1940. Archivo de El Colegio de México).

Al poco tiempo, en octubre de 1940, ya estaba fundado formalmente El Colegio de México. Desde entonces hasta 1945 don Pedro y sus amigos de El Colegio intercambiaron cartas de carácter más bien personal y profesional. A Pedro Henríquez Ureña le era difícil moverse de Argentina, pero en diciembre de 1945, a raíz de la alarma de Daniel Cosío Villegas y de Alfonso Reyes por los acontecimientos políticos en aquel país, don Daniel se apresuró a invitar a don Pedro y darle forma a la vieja idea de crear un Centro de Estudios Filológicos —o Lingüísticos y Literarios, como se le conoce ahora—. En resumen, querían crear un Centro que incorporara las inquietudes profesionales tanto de Alfonso Reyes como las de sus colegas Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso y las de los entonces más jóvenes Angel Rosenblat, Raimundo y María Rosa Lida, entre otros. Fue entonces cuando Daniel Cosío acudió a William Berrien, de la Fundación Rockefeller, para poder financiar esta nueva etapa de El Colegio, y así se lo comunicó a don Pedro:

Me anticipé a preguntar si, en el caso de que tú resolvieras venir a México, El Colegio de México contaría con el apoyo económico de la Fundación Rockefeller para poder organizar un sitio de trabajo en el que pudieras desplegar tus mejores actividades. Ayer al medio día recibí lo que resultaba ser una contestación inmediata de Berrien, que estaba dispuesto a hacer un viaje especial a México en los diez primeros días de enero si Alfonso Reyes y yo estábamos para entonces en la ciudad. Hablé en seguida con Alfonso Reyes y resolvimos ponerle el telegrama que Berrien quería, diciéndole que estábamos enteramente a sus órdenes.

Y continúa explicando Cosío:

Quizás convenga que te anticipe que al parecer la Fundación se interesaría en ayudar a que El Colegio creara un Centro de Estudios Literarios de la América Latina, con investigaciones quizás de carácter filológico, y que tú participaras en los trabajos de ese Centro en las condiciones que tú fijaras: como director de él o simplemente como miembro suyo. En todo caso, creo que se puede anticipar con firmeza una remuneración que te bastara para vivir con amplitud y te permitiera consagrar tu tiempo a una sola tarea o a la tarea doble de tu propio trabajo personal y del Centro. En suma, una situación de libertad y de ocio intelectual tan grande y tan perfecto como sea humanamente posible. Casi sobra decir que trataríamos de conseguir un contrato hasta por cuatro años que le diera la máxima estabilidad y fijeza a tu situación (18 de diciembre de 1945. Archivo de El Colegio de México).

El 8 de enero de 1946, Daniel Cosío le precisa a Henríquez Ureña aún mejor la idea de lo que hoy es el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios:

- 1) Hace ya tiempo que la Fundación y El Colegio se vienen lamentando de que no exista en México ningún esfuerzo organizado en el campo de los estudios literarios y filológicos.
- 2) A este hecho se han venido a sumar otros dos recientes: la situación argentina, que puede concluir en desalentar trabajos de esta naturaleza, y el renovado interés de algunos centros culturales norteamericanos en los estudios hispánicos en general.
- 3) De ahí que se haya pensado en si no sería ésta la oportunidad de intentar organizar dentro de El Colegio de México un núcleo que recoja la experiencia, sobre todo, del Centro de Estudios Históricos de Madrid y del Instituto de Filología de Buenos Aires.

La idea general por lo que toca al personal que inicialmente se encargaría de las labores docentes y de investigación sería la de contactarte a ti mismo como director, asegurar los servicios de personas competentes y que tendrían la ventaja de haber trabajado ya contigo —por ejemplo, Rosenblat y los dos hermanos Lida— y agregarle a ellos un buen contingente mexicano.

- 4) Como he dicho antes, este grupo de personas tendría dos tareas: una de enseñanza a jóvenes mexicanos y latinoamericanos con una vocación ya definida para esta clase de estudios, pero que carecen total o parcialmente de la preparación técnica necesaria; otra de investigación, que podría tal vez imaginarse, por una parte, como la prosecución de algunos proyectos de investigación personales en los que estuvieran trabajando los miembros del Centro, y por otra, y más principalmente, el poder idear una investigación mayor que se acometería colectivamente. Para la primera tarea debería contactarse con los recursos necesarios para ofrecer becas de estudio a un grupo de diez o doce jóvenes; para lo segundo, los recursos serían más que nada de índole bibliográfica y se procuraría, por supuesto, reunir los necesarios.
- 5) Se aspira a que este Centro cuente además con recursos destinados a publicaciones, si bien éstos no serán nunca excesivos ni quizá suficientes.

La Fundación Rockefeller y El Colegio de México serían los participantes principales en la organización y financiamiento del proyecto, si bien no se excluye la posibilidad de intentar conseguir de otras instituciones su colaboración, sea en el orden financiero o en el técnico. (Archivo de El Colegio de México.)

Por desgracia, Pedro Henríquez Ureña murió en mayo de 1946. Pero afortunadamente había dejado excelentes discípulos y amigos. Uno de ellos, ilustre, generoso y sólido, fundó en 1947 el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios: Raimundo Lida, sembró e hizo prosperar en México la tradición de Pedro Henríquez Ureña, que es también, en gran medida, la de Amado Alonso y la de Ramón Menéndez Pidal.

Si la «modesta caja» con algunas joyas que guardaba Alfonso Reyes para Pedro Henríquez Ureña en la Casa de España en México pudo «trocar» en una institución grande, productiva y ejemplar como es El Colegio de México, se debe a que Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas tenían una concepción semejante y se planteaban metas similares para el desarrollo de la cultura. A esta coincidencia es a lo que llamo relación interna entre Pedro Henríquez Ureña y El Colegio; relación de ideales y de metas específicas, que debe cultivarse como fruto muy apreciado. En primer lugar está la intensa preocupación de don Pedro por combinar «la tradición y la rebeldía», «el descontento y la promesa», «la energía nativa» y el afán europeizante, lo propio y lo ajeno, lo indígena y lo extranjero; la originalidad y la repetición. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* resume lo esencial de esa preocupación tan suya. Henríquez Ureña dice ahí:

Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido [...]. Cada grande obra de arte crea medios propios y peculiares de expresión; aprovecha las experiencias anteriores, pero las rehace, porque no es una suma, sino una síntesis, una invención⁷.

En segundo lugar, esta solución que Henríquez Ureña propone para obtener *coherencia cultural*: él mismo la expresa como «el ansia de perfección es la única norma»⁸. Y la refina aún más cuando declara:

Nuestros enemigos, al buscar la expresión de nuestro mundo, son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la in-

⁷ Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, en *Obra crítica*, edición de Emma Susana Speratti Piñero (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), pp. 251-252.

⁸ *Ibid.*, p. 251.

cultura, o la vida en perpetuo disturbio y mudanza llena de preocupaciones...⁹

Su lección de maestro fue recogida y cultivada como propia por varios de los fundadores del Colegio, particularmente por Alfonso Reyes, y por el más joven, Raimundo Lida. Según el propio Henríquez Ureña, el hilo conductor debía ser «el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección»¹⁰. En un homenaje póstumo en 1947, Raimundo Lida, quien estableció todos los principios y objetivos del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México, dijo de Pedro Henríquez Ureña: «Por entre su obra de historiador, crítico y filólogo, bien claro se dibuja el camino en que Henríquez Ureña, riguroso maestro de sí mismo, acabó por dominar los secretos de la exposición diáfana y densa que, articulándose sobre temas cardinales, se derrama, sin embargo, por mil senderos de sabiduría y curiosidad»¹¹.

En tercero y último lugar, en esa relación interna, como latinoamericanos compartimos absolutamente su preocupación por el presente y el futuro en esta América hispánica nuestra. Para confirmarlo, termino haciendo una glosa del comienzo de *Las corrientes literarias en la América hispánica*, que evidencia la actualidad del magisterio y la presencia de Pedro Henríquez Ureña. Dice:

En una época de duda y esperanza, cuando la independencia política aún no se había logrado por completo, los pueblos de América hispánica se declararon intelectualmente mayores de edad, volvieron los ojos a su propia vida y se lanzaron en busca de su propia expresión¹².

Quiero parafrasear esta lección y decir que en ésta, nuestra época actual, también de duda y esperanza, cuando resulta tan difícil mantener nuestra independencia —cultural, económica y aun política—, los pueblos de la América hispánica necesitamos seguir declarándonos mayores de edad, volver los ojos a nuestra propia vida y lanzarnos, constante y reiteradamente en busca de nuestra propia expresión.

⁹ *Ibid.*, p. 252.

¹⁰ *Ibid.*, p. 251.

¹¹ Raimundo Lida, *Letras hispánicas* (México: El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, 1981), p. 187.

¹² Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1949), p. 9.